

# **CARTA PASTORAL**

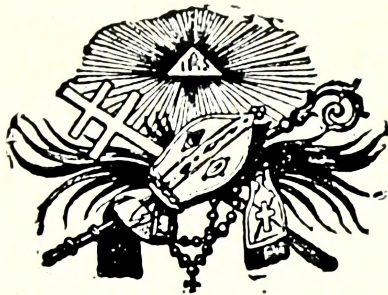
**DEL ILUSTRISIMO Y RMO. Sr. ARZOBISPO D. D.**

**JOSE IGNACIO CHECA Y BARBA.**

**AL CLERO Y PUEBLO**

**DE LA**

**ARQUIDIOCESIS.**



**QUITO,**

**Julio, 20 de 1871.**

---

**IMP. DE JUAN CAMPUZANO.**

# A NUESTROS AMADOS HIJOS, EL CLERO Y PUEBLO

## DE LA ARQUIDIOCESIS,

### Salud y paz en N. S. Jesucristo.

Después que nos separamos de vosotros para asistir al Concilio Vaticano, hemos tenido la dulce satisfacción de volver á vuestro seno y al de la patria, y, gracias al Cielo, ahora es cuando podemos dirigirlos, queridos hijos, las palabras del Apóstol á sus amados fieles: *Salud y paz en N. S. Jesucristo*. Salud y paz á vosotros, amados hijos, que en medio de la decadencia de los principios religiosos y morales en el Viejo y Nuevo Mundo, por vuestra sincera adhesión á la fe de nuestros mayores y por la pureza de vuestras costumbres, habeis sido nuestro consuelo, nuestro gozo, nuestra corona y nuestra gloria: *gaudium meum et corona mea*. Nuestra ternura hácia vosotros se ha aumentado por las noticias que hemos recibido de vuestra humilde sujeción á las decisiones del Sacrosanto Concilio Ecuménico, especialmente á la constitución dogmática que declara como verdad de fe la infalibilidad del Vicario de Jesucristo, quien ha sido reconocido siempre como el Doctor y Maestro de la Iglesia universal, llamado á decidir en las cuestiones dogmáticas y morales, y cuya voz necesitaba de este auxilio para tronar en seguida contra todos los errores que actualmente aquejan á la sociedad, y para librarla del abismo á que la precipitarían el vértigo de las ideas y la perversion de las costumbres.

Mi gozo y el vuestro, queridos hijos, es tanto mayor, cuanto que unidos los pueblos de la República á sus pastores, merced al Dios de bondad que nos inspiraba, tuvimos la gloria de proclamar esta verdad unánimemente y con acento enérgico en el segundo Concilio provincial celebrado en enero de 1869. Se han cumplido, pues, nuestros votos con la definición del Concilio Vaticano; gloriémonos por tanto en el Señor: *gaudete, iterum dico gaudete*.

Mas cuán débil es la humanidad! Comenzaba á ser mas fuerte y enérgica la acción del Pontífice para estrechar los lazos de la unidad católica, cuando un torrente de iniquidad proveniente, no ya como en otro tiempo de las huestes bárbaras del Norte sino de las civilizadas del Sud de Europa, de la Nación que debia serle la mas agradecida, y cuya principal gloria consiste en los triunfos del Pontificado, se desborda impetuoso sobre la Ciudad Santa, rompe sus murallas, la inunda y la deja sepultada en fango impuro. El Gobierno subalpino invade injustamente los derechos inalienables del catolicismo diseminado por toda la tierra, ataca con alevosía al Vicario de Cristo, le aprisiona, y conociendo que el poder temporal de la Santa Sede ha llegado á ser indispensable, por disposición de la Providencia, para la práctica del dogma de la libertad é independencia de la Iglesia, insulta é inculca la religion en sus propios dominios.

Tristes son, pues, las nuevas, queridos hijos, que os damos de la opresión en que se encuentra nuestro Padre común, á quien hemos tenido el consuelo de visitar continuamente durante nuestra perma-

nencia en Roma. Allá, á nombre nuestro, de nuestros mui amados hermanos los ilustrísimos y reverendísimos sufragáneos, del pueblo y clero del Ecuador, le hemos ofrecido nuestros sinceros votos de amor y adhesion á su augusta persona. El inmortal Pio IX los ha acogido con gratitud y se ha dignado bendecirnos á todos, penetrado de ternura por los sentimientos que animan á nuestra católica Nacion, y principalmente por la noble protesta dirigida por el Jefe de la República, protesta que, os lo aseguro, ha merecido alabanzas de todos los católicos del orbe, y que la hacen mas recomendable el odio que abrigan y el desprecio que respecto de ella afectan los que por ignorancia ó malicia cooperan á los males y calamidades que abruman á la esposa de Jesucristo. En presencia de tantos sufrimientos nuestro corazon se hubiera abrevado de amargura sino hubiéramos alzado la vista al cielo y considerado que la Iglesia, á semejanza de su divino fundador, marcha por las sendas del calvario, y que una de las mas brillantes pruebas de su divinidad consiste en el triunfo espléndido que siempre consigue en las luchas y batallas que la agitan. Sí, la Iglesia derrama hoy lágrimas de dolor pero mañana las derramará de gozo; grandes escándalos la afligen, pero brillantes conversiones y bellos ejemplos harán resaltar su gloria.

El Gobierno de Italia ha puesto en práctica toda clase de medios á fin de engañar á la Europa y al mundo entero, pretendiendo hacerles creer que el Pontífice, dejando de ser Soberano, conservaria todas las *garantías* necesarias para salvar su independenciam espiritual; pero ¿quién ignora la irrision á que se le espone otorgándole *garantías* concedidas por el mismo que puede quitarlas, *garantías* contradictorias, y que atan las manos del Sucesor de Pedro, sujetándole á un Tribunal de competencia nombrado por el mismo Gobierno, y á quien corresponderá decidir, en último resultado, de todas las acciones del Pontífice Supremo? Compadezcamos pues á sus enemigos que, contrariando las lecciones de la historia, sueñan todavía en destruir el edificio levantado por la mano de Dios, y que debe durar hasta la consumacion de los siglos.

Estos son los males, queridos hijos, que hoy deplora la Iglesia en todos los ángulos de la tierra, al mismo tiempo que vemos caer terribles castigos sobre gran parte de la Europa. La guerra, este horrendo azote, amenaza y consume una porcion escogida de aquella. La Francia despues de haber sido subyugada por el nuevo Imperio que acaba de levantarse en Alemania, presenta un funesto espectáculo de desolacion y de miseria; pero lo que verdaderamente espanta es ver que sus hijos se devoran mutuamente en el horroroso incendio de una triple guerra social, civil y religiosa, que ha devastado su desgraciada capital. ¿Y no sucederá otro tanto en Italia cuyos sucesos empeoran cada dia, en donde la revolucion parece ya triunfante y todo marcha y camina á una catástrofe de la que el Gobierno usurpador y sacrílego de Víctor Manuel será la primera víctima? Este desgraciado Monarca y su impía corte experimentarán sin duda el peso de la maldicion divina que si empre sufren los que oprimen y tratan de perder la Iglesia.

Pero ¿qué diremos de tantos otros Estados de Europa, en donde ideas disolventes y los dolorosos frutos que las siguen, parecen agru-

parse á manera de nubes sobre el horizonte para desencadenar la tempestad y purificar así en el Viejo Mundo la parte corrompida de la sociedad? ¡Ah! "todos saben, decia un experimentado escritor, que los acontecimientos obedecen á dos leyes separadas en apariencia, pero ligadas en realidad: la ley providencial y la ley humana. Así el Profeta veía en la luz divina los imperios que debian sucederse sobre la tierra. Pero los reyes y los imperios no caen sino despues de grandes prevaricaciones. No creemos que la Providencia haya cambiado sus caminos soberanos. Miremos las ruinas modernas, grandes ó pequeñas, cualquiera que sea el teatro, ó la causa de la empresa ó acontecimiento, veremos siempre confirmada aquella ley. De una grande infidelidad aguardemos una grande caída, y de una grande caída concluyamos una grande infidelidad."

No hai porqué preocuparse: existen y se han propagado demasiado varios errores añejos, que por la forma se llaman modernos, los cuales componen un cuerpo de doctrina é inspiran un espíritu de rebelion contra todas las instituciones legítimas, sean monárquicas ó republicanas; la guerra actual que desgarrá el corazon de Europa y el estado anómalo de muchas naciones, provienen sin duda de semejantes errores que ponen en peligro la sociedad: en una palabra, la guerra actual es social; quiero decir, contra todo derecho y toda legitimidad, cualquiera que sea la forma de gobierno que allí exista.

El sensualismo ha llegado á dominar de tal suerte en los pueblos, que cuando se trata de progreso no se entiende sino el material, y esto hasta por los espíritus que parecen mas despreocupados. El sensualismo, no viendo en el hombre mas que instintos y apetitos, es necesariamente lascivo en las artes, desvergonzado en literatura, despota ó demagogo en política. Siguiendo siempre la exigencia de su interes personal, y no viendo en la sociedad sino un hecho, el resultado de la fuerza, y en la moral y las artes, invenciones atractivas hácia los instintos brutales del hombre, tiende naturalmente á la destruccion de la sociedad y de las instituciones que la conservan, instigando las pasiones, á fin de volver al estado salvaje, el que solo, á su juicio, puede darnos la felicidad y la perfeccion de nuestro ser. El sensualismo, en una palabra, no es mas que el paganismo resucitado, esto es, el reino del crimen y del desórden; el mismo que se quiere imponer á las sociedades actuales, con la diferencia que aquel atribuía los vicios á las divinidades que forjaba, y este es hijo de la incredulidad, que nace en el fango y no es defendida sino por el libertinaje. Así se comprende al mismo tiempo, queridos hijos, como la vida escandalosa de los impíos debe hacerles apóstoles de la incredulidad y enemigos de la verdadera Religion, que condena todos los vicios y ordena todas las virtudes.

La verdad es el don mas precioso que Dios ha hecho al hombre, y para conocerla le ha dotado de la facultad mas noble que posee: la razon. Tanto por el testimonio de los sentidos, como por el de la conciencia, de la evidencia y de la historia, y finalmente por el testimonio del mismo Dios, el hombre llega á conocer de una manera cierta las cosas del órden visible é invisible. Existe, pues, una certeza de conocimiento que pertenece á todo hombre, y no es otra cosa

que la autoridad de la razon en las cosas de su *competencia*. Esta certidumbre y firmeza natural de la razon, son precisamente las que se encuentran negadas hoy en su principal dominio, en el órden moral y religioso, bajo pretexto de una mal llamada independencia moral de la misma razon. La sofística contemporánea ha venido á formular, pues, una doctrina, que no es mas que la negacion no solamente de toda certidumbre sino de la misma razon; tal es el efecto del racionalismo contradictorio é insensato que se pretende establecer, racionalismo que deja al hombre en la fluctuacion, en la incertidumbre, en la duda aun de su existencia, y que por tanto es inadmisibile á todas luces.

El racionalismo, fruto natural de la pretendida reforma protestante, desarrollado mas tarde por la filosofía del siglo XVIII y por el eclecticismo contemporáneo, ha sembrado dudas y dificultades casi en todos los puntos de la Revelacion. Este espíritu anticristiano se ha manifestado en diferentes grados, en obras de todos géneros, y en la mayor parte de los diarios y de las enseñanzas públicas. Por estos medios ha penetrado en todas partes y llenado de prevenciones y de preocupaciones aun los espíritus rectos y sinceramente católicos.

Existen otras personas que por falta de solidez en la fe de sus padres, incautamente se dejan seducir de una clase de apóstoles de otra especie de error, que combate y ataca, en lo mas vivo, la Iglesia de Jesucristo. Sin reconocer los límites de la razon y las debilidades á que está sujeta, levantan orgullosas la cabeza, y pretenden subyugar los dogmas y derechos del catolicismo. Si se contuvieran dentro del círculo y objeto de la competencia de la razon, reconocerian en la perpetuidad, pureza, fecundidad y demas notas de verdad que lleva la Iglesia impresas en su frente, que una vez admitida esta institucion sublime y divina, era indestructible su autoridad, y por lo mismo se someterian á ella, obedeciendo á la voz de la evidencia y del sentimiento de lo justo y honesto, que siempre se contiene en la doctrina que enseña; pero por desgracia su fe no es sólida, mas claro, no es fe, porque carece de la firmeza, unidad y universalidad que caracterizan esta virtud. Y á la verdad, sobre el mismo fundamento reposan tanto una como todas las verdades que enseña la Iglesia católica, y por esto oponerse á su doctrina en un punto, equivale á oponerse en todos los demas que ella profesa. Pretender introducir restricciones en doctrinas enlazadas íntimamente, ó que nacen del mismo principio de autoridad que confiesa el catolicismo, es un contrasentido. Mas todavía, si la Iglesia puede equivocarse en enseñarnos algunas cosas que no fueran verdades, bajo cualquier aspecto que se las considere, no nos infundiria jamas la confianza plena que debe suponerse en una institucion que por otra parte creemos sobrenatural é infalible para guiarnos en medio de las tinieblas de la vida: hablando ingenuamente, si tenemos derecho para no someternos en algo á la autoridad docente de la Iglesia, es tambien derecho nuestro el sujetarla á juicio, y segun nuestra opinion ó modo de ver las cosas, creer ó no creer sus decisiones, bajo pretexto de que no son de su competencia; en una palabra, nos reduciriamos en este caso á la admision del espíritu protestante, que deja apelacion de la autori-

dad de la Iglesia al juicio privado de cada particular. De este modo la razon humana llega á los confines de la duda y se sumerge en el abismo de la nada, dejando un grande vacío y ansiedad en el corazon, que no puede reposar sino en la certidumbre de la verdad.

Y ¿qué puede imaginarse mas grande ni mas bello que la verdad del catolicismo y de sus leyes, que la perpetuidad de su doctrina y la universalidad de sus dogmas? El mundo ve pasar los imperios y las dinastías, ve las catástrofes que transforman la tierra, ve las revoluciones que la cubren de violencias y usurpaciones; ve novedades por todas partes, en los hombres y en las costumbres, en la riqueza, en el poder y en la pobreza; ve la debilidad que sube y la grandeza que cae. Ve esta alternativa incesante de triunfo y de servidumbre, de elevacion y decadencia, y en medio de tanta movilidad que todo lo arrastra, una sola cosa queda fija—la Religion católica. No porque ella deje de sufrir pruebas y combates; porque al contrario su destino es pasar por agitaciones, persecuciones y martirios, y despues por victorias, y mas adelante todavía por suplicios, y siempre por disgustos en la lucha contra las pasiones de los hombres; pero ya sea que baje á las catacumbas ó que suba al Imperio, ya sea que se oculte en los desiertos ó que entre triunfante en los palacios, la Religion permanece siempre la misma, ninguna herida ó victoria la desorganizan, ninguna revolucion afecta su naturaleza, ningun trastorno altera la mas pequeña parte de su inviolable unidad, porque es la sola verdadera.

Mas lo que deseo insinuaros con preferencia es que hay espíritus superficiales, que creen bastaria para la restauracion del imperio de la verdad y la tranquilidad social, un cierto catolicismo truncado, mutilado, adaptado, segun dicen ellos, á las ideas y pensamientos modernos y al nuevo destino de los pueblos. Permitidme ante todo, queridos hijos, que yo llame á estas doctrinas, *teorías políticas* mal digeridas, derivadas del Racionalismo y que siempre son fatales al espíritu de la fe calólica. Confesemos que el verdadero cristianismo es uno y encierra una inmensa fecundidad. Por su carácter maravilloso y origen celestial se acomoda á todas las transformaciones que pasan sobre la raza humana: siempre el mismo y siempre nuevo penetra las instituciones sociales, derrama su luz sobre el mundo de todas las inteligencias, cualesquiera que sean sus diversas y multiplicadas relaciones. La virtud que predica, el deber que enseña, la autoridad que modera, la sumision que arregla, la dignidad del hombre que cubre bajo su égida, la pobreza que exalta, la riqueza que difunde por medio de la limosna, el poder que humaniza ó templea, la tiranía que desarma; ademas, la multitud de aplicaciones que da á la caridad fraternal, el amor, la beneficencia universal, la piedad, la clemencia, todas las leyes de armonía que alcanzan á todos los estados, á todas las civilizaciones; ¿todo esto no es universal, no se extiende al través de todas las edades, de todas las revoluciones y de todo género de barbarie? Posee el magnífico privilegio de seguir los cambios sociales sin cambiarse jamas; porque si se variase el catolicismo ya no seria mas que una obra humana, pasajera como todas las otras; vendria á ser ó reducirse á *nada*.

No es, pues, la falta de fecundidad y de firmeza para traerlo to-

do á sí é identificarlo con su virtud la que se echa de ménos en el catolicismo. El poco conocimiento del hombre y de la humanidad, la contemporizacion con un sensualismo moderado, y algunas semillas del racionalismo ó indiferencia en materia de Religion, han producido cierta especie de secta que se cubre con el nombre y los honores de escuela, y que desconociendo la constitucion divina de la Iglesia sin atender á su vida propia y leyes fundamentales, pretende disminuir la base eterna de la autoridad que constituye su esencia y la transforma en obra puramente humana. Todos los reformadores del mundo han participado del carácter comun de constituirse los reguladores exclusivos de la fe de los hombres. Ved aquí, amados hijos, porqué todas las sectas han pasado, y porqué el cristianismo en sus manos ha llegado á ser una obra de ruina y de miseria. Rebelándose contra el principio de autoridad, intentan inocular en la doctrina sana del catolicismo principios disolventes que llaman libertades; pero que tienen por objeto el error y el mal, y que por tanto se reducen á una verdadera esclavitud. Bajo un nombre injustamente apropiado se proclaman defensores del pretendido liberalismo. ¡Ah! queridos hijos, la única que verdaderamente ha libertado al hijo, á la mujer y al esclavo; la única que ha arrostrado toda clase de sufrimientos y ha reivindicado los legítimos derechos de los pueblos, derrocando la tiranía de los déspotas, ha sido la Iglesia católica que no ha podido desprenderse jamas del título y de la ternura de madre, no solo respecto de sus hijos, sino aun de sus mismos enemigos.

Libertad para el mal y el error, queridos hijos, es la insignia de los rebeldes, y esto es precisamente lo que mas detesta, censura y condena con todas sus fuerzas la Iglesia de Jesucristo defendiendo la pureza de su doctrina. Si por liberalismo se entendiera la facultad libre, la proteccion justa para practicar el bien y profesar la enseñanza de la verdad, este seria exclusivamente del dominio del catolicismo, puesto que solo él ha libertado á la humanidad de tantos males; pero desgraciadamente se ha dado un sentido inverso á esta palabra, haciéndola servir para proclamar la libertad en el desórden, es decir, la verdadera esclavitud, porque jamas se encuentra el hombre mas impedido para obrar, que cuando se desatan las pasiones propias ó de sus semejantes, presentándole embarazos para el bien por todas partes, ofreciéndole alicientes numerosos para toda clase de males. Digámoslo de una vez, el liberalismo y el despotismo no van nunca separados en la sociedad. A nombre del liberalismo y de la libertad, se impone fácilmente un yugo insoportable á una nacion, mucho mas si es el liberalismo volteriano como el que domina en varios estados católicos de Europa. Este es el liberalismo de los malhadados principios del 89, cuyas terribles consecuencias han ensangrentado las páginas de la historia.

En todas partes el hombre se entrega á varias ilusiones y errores. Los católicos no estamos exentos de ilusion. El espíritu de error gira al rededor de nosotros buscando á quien devorar, á veces triunfa de nosotros; pero la Iglesia vigila por medio de sus Pastores y con voz dulce y firme nos advierte, nos reprende, nos reconduce al órden y á la verdad. Feliz el católico que se somete á esa voz por grande y doloroso que le parezca el sacrificio de pocas horas; vencedor de sí

mismo se engrandece con sus propias victorias. En cuanto al desgraciado que resiste y se obstina, ya no es nada desde el día que salió del seno de la Iglesia católica: cualesquiera que sean su ingenio, su elocuencia, su saber, no será mas que un revoltoso, y todos aquellos dones que hubieran producido frutos abundantes en servicio de la verdad, quedan esterilizados en sus manos.

Desengañémonos, el curso de los acontecimientos actuales aclara las enseñanzas de la Santa Sede, hace sentir mas vivamente que ántes el deber y la imperiosa necesidad de profesar en toda su extension las doctrinas de la Iglesia y de conformarse á ellas en la práctica. Elevémonos, pues, sin declinar el juicio ni alegar escepciones á la fuente del derecho, proclamemos los sólidos principios católicos, apliquémoslos con franqueza en su totalidad, y el éxito justificará la verdad de nuestras doctrinas.

El órden social en su plenitud abraza tres especies de sociedad, la familia, el Estado y la Iglesia. La Santa Sede se ha declarado siempre sostenedora de los principios fundamentales de todas ellas y de la armonía que debe resultar de sus respectivas relaciones. El deber de los publicistas católicos consiste en penetrarse bien de semejantes enseñanzas, exponerlas en toda su luminosa integridad y seguirlas con inquebrantable confianza. La enseñanza sobrenatural de la Iglesia en este punto ha sido necesaria; por esto, así como en los siglos anteriores, nuevamente se ha manifestado ahora por medio de una Encíclica dirigida á todo el orbe, acompañada del Syllabus que vosotros conoceis, y que no es otra cosa que un compendio de todos los errores modernos, proscritos y condenados por la suprema é infalible autoridad del Pontífice, con tal aplauso del Episcopado católico, que se apresuró á publicarlo por todas partes, y que volvió á reproducirlo en las dos últimas sesiones del Concilio Vaticano-

Ah! queridos hijos! Esa venarable Asamblea, tal vez la mas augusta que hayan visto los siglos, por haber concurrido á ella Prelados de todas las partes del mundo, y de la que podian esperarse ópimos frutos, ha sido suspendida á consecuencia de las horribles catástrofes que actualmente tienen lugar en la Europa, sobre todo en la Francia, que por desgracia, ha sido la iniciadora de los errores sociales, que la han conducido al abismo en que se halla sumergida.

Las naciones de Europa están palpando la necesidad de un remedio contra males de tamañas proporciones, y como estos consisten en los errores modernos que han desquiciado la sociedad, aquel no es ni será otro que la continuacion del Sínodo Ecuménico, que á manera del Tridentino en presencia del Protestantismo, sabrá conjurar la tempestad y hacer que el error ceda el campo á la verdad. El Concilio ha comenzado haciendo ver por medio de sus dos principales constituciones la armonía que reina entre la razon y la fe, que el racionalismo no es la razon, que esta es hermana de la fe, y que el liberalismo y el libre pensamiento no son sino la esclavitud, disfrazada con el brillante ropaje de la libertad. Además, la enseñanza dada por el gran Concilio, sostiene con firmeza el principio fundamental y las prerogativas esenciales de la suprema autoridad de la Iglesia. En presencia de tal actitud es imposible dejar de observar que el Concilio Vaticano ha desplegado el estandarte de la unidad católica á los ojos de los pueblos, y en todos ellos se verá en



lo sucesivo agruparse á los hombres bajo la bandera del Hombre-Dios ó la de Satanás, separándose así el trigo de la paja, extremo mui importante para la mayor fuerza y firmeza del catolicismo. Por lo mismo, queridos hijos, es deplorable que los desconciertos sociales impidan su propio remedio, quedando sin prosecucion inmediata la sacrosanta Asamblea, llamada á influir en los destinos del mundo, no en virtud de una fuerza natural sino de una fuerza completamente divina, como lo comprueban la historia y la esperiencia del resultado de iguales reuniones del Episcopado católico, cuyo triunfo, aunque reservado al tiempo, ha sido infalible mediante la asistencia del Espíritu de verdad.

Ultimamente, queridos hijos, ahora que hemos alcanzado del Soberano Pontífice la aprobacion de nuestro Concilio provincial, que tantos bienes producirá á la Iglesia y á la República por medio de la civilizacion de las tribus salvajes de nuestro Oriente; ahora que hemos conseguido ademas el buen despacho de otros asuntos interesantes, que debiamos tratar con el supremo Jefe de la Iglesia, volvemos hácia vosotros animados de un grande deseo de obrar el bien. Habiendo partido del centro de la unidad católica, despues de haber tenido el consuelo de conversar con nuestros hermanos los Obispos del orbe, volvemos, os lo repetimos, llenos de un santo entusiasmo para comunicarnos la verdad, y para vigilar con esmero y solicitud en la salvacion de nuestra amada grei.

He aquí queridos hijos, los errores principales que deseábamos haceros notar para precaver vuestras almas de su pestífero veneno, cumpliendo con nuestro deber de apacentaros en la sana doctrina y de preservaros del contagio del error y del mal.

Al concluir os amouestamos, amados hijos, que dirijais al Cielo frecuentes y fervorosas plegarias, á fin de que se digne abreviar el tiempo de la tribulacion y de la amargura en que se hallan la Iglesia y su venerando Jefe. Pedid á Dios que se compadezca de los males que afligen á la Esposa del Cordero, y que la haga triunfar de sus perseguidores y enemigos. Pedidle que los ultrages inferidos á Pio IX no sirvan sino para hacer mas brillantes su dignidad, su grandeza y su poder. Pedidle que desaparezcan para siempre de sobre la haz de la tierra el ateismo, el comunismo, el sensualismo, y todo ese cúmulo funesto de falsas doctrinas y monstruosos sistemas, engendros del libertinage y de la corrupcion, hijos del orgullo y de la soberbia, y enemigos declarados del órden, de la paz y de la verdadera felicidad. Pedidle que conserve en vosotros puro el sagrado depósito de la fe, puras vuestras costumbres, y siempre sincera y ardiente vuestra adhesion á la Cabeza de la Iglesia católica: seguid comportandoos como hasta hoi y haciendoos mas dignos del renombre y de la fama que os habeis conquistado en toda la Europa. Pedidle, por último, el acierto y el don de gobierno para vuestro Arzobispo que tanto os ama, y cuya única aspiracion es la de conservaros firmes en el camino del bien, y la de propender sin intermision á vuestra dicha y felicidad. Recibid junto con nuestro corazon la bendicion que os damos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Amen.

*JOSE IGNACIO ARZOBISPO DE QUITO.*

*José Nieto, Secretario.*